

Respuesta de Motezuma. „ceder á este lugar las atenciones, por lo menos, que „debeis á mi persona.” Y salió del adoratorio para que le siguiesen; pero se detuvo en el atrio, y prosiguió diciendo algo mas reportado: „Bien podeis, „amigos, volveros á vuestro alojamiento; que yo „me quedo á pedir perdon á mis dioses de lo mucho „que os he sufrido.” Notable salida del empeño en que se hallaba, y pocas palabras dignas de reparo, que dieron á entender su resolucion, y lo que se reprimia para no destemplarse.

Palabras notables al despedirse. Con esta experiencia, y otras que se hicieron del mismo género, resolvió Cortés, siguiendo el parecer del Padre Fray Bartolomé de Olmedo y del Licenciado Juan Diaz, que no se le hablase mas por entonces en la religion, porque solo servia de irritarle y endurecerle. Pero al mismo tiempo se consiguió facilmente su licencia para que los Christianos diesen culto público á su Dios; y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á su costa como le pidiese Cortés. ¡Tanto deseaba que le dexasen descansar en su error! Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los Españoles: y blanqueandole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imagen de Nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente: y fixando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy

Permite la religion de los Christianos.

Fórmase una capilla en el alojamiento.

decente, donde se celebraba Misa todos los días, se rezaba el Rosario, y hacian otros actos de piedad y devocion, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado: entre los quales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad y malicia de los suyos. Gente ciega y supersticiosa, que palpaba las tinieblas, y se defendia de la razon con la costumbre.

Lo que sentian los Mexicanos de las ceremonias christianas.

Pero antes de referir los sucesos de aquella corte, nos llama su descripcion, la grandeza de sus edificios, su forma de gobierno y policia, con otras noticias que son convenientes para la inteligencia ó concepto de los mismos sucesos. Desvios de la narracion, necesarios en la historia, como no sean peregrinos del argumento, y carezcan de otros lunares que hacen viciosa la digresion.

Digresiones necesarias.

CAPITULO XIII.

DESCRIBESE LA CIUDAD DE México, su temperamento y situacion, el mercado del Tlatelúlco, y el mayor de sus templos dedicado al dios de la guerra.

LA gran ciudad de México, que fue conocida en su antigüedad por el nombre de Tenuchtitlán, ó por otros de poco diferente sonido (sobre cuya de-

Descripcion de la ciudad de México.

nomination se cansan voluntariamente los autores) tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad repartida en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno Tlatelúlco, habitacion de gente popular, y el otro México, que por residir en él la corte y la nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la nacion Mexicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia, y los dos lagos que le formaban se unian y comunicaban entre sí por un dique de piedra que los dividia, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento: y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sinó por vicio natural de la misma tierra donde se detenian,

gruesa y salitrosa por aquel parage; pero de grande utilidad para la fábrica de la sal que beneficiaban cerca

Su vecindad.

Su situacion.

La gran laguna.

Las salinas.

de sus orillas, purificando al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi de esta laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la línea equinoccial ácia el norte diez y nueve grados y trece minutos, dentro aun de la torridazona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos: para que aprendiese nuestra experiencia quan poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dexaban conocer á su tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension: y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del sol.

Tenia hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales: fábrica suntuosa, que servia tanto al ornamento como á la necesidad: la una, de dos leguas ácia la parte del mediodía, por donde hicieron su entrada los Españoles: la otra, de una legua, mirando al septentrion: y la otra, poco menor, por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas: unas de agua con sus puentes para la comunicacion de los vecinos; otras

Asiento de la ciudad, y su altura.

Benignidad del clima.

Diques ó calzadas para la comunicacion de la tierra.

Las calles.

de tierra sola hechas á la mano; y otras de agua y tierra, los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes, que navegaban por la ciudad, ó servían al comercio: cuyo número toca en increíble; pues dicen que tendría México entonces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas, que allí se llamaban acales, hechas de un tronco, y capaces de un hombre que remaba para sí.

Número de sus canoas.

Los edificios.

Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componía la mayor parte de la ciudad, eran de piedra, y bien fabricadas: las que ocupaba la gente popular, humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposición, que hacían lugar á diferentes plazas de terraplen, donde tenían sus mercados.

Plaza del Tlatelúlcó. Férias de México.

Era entre todas la del Tlatelúlcó de admirable capacidad y concurso, á cuyas férias acudían ciertos días en el año todos los mercaderes y comerciantes del Reyno con lo mas precioso de sus frutos y manufacturas; y solían concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dexaban calle á los compradores. Conocían todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodón basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acababan de ponderar nuestros escritores el orden, la

variedad y la riqueza de estos mercados. Había hileras de plateros, donde se vendían joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artifices: particularmente unas calderillas de asas móviles, que salían así de la fundición, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo, ni golpe de sincel. Había también hileras de pintores, con raras ideas y países de aquella interposición de plumas que daba el colorido, y animaba la figura, en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolixidad. Venían también á este mercado quantos géneros de telas se fabricaban en todo el Reyno para diferentes usos, hechas de algodón y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros y hechuras exquisitas de finísimo barro que trahían á vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor extraordinario quantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y el adorno de una casa: porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas, profusión que solo era permitida en la mesa real, y esto en días muy señalados. Hallábanse con la misma distribución y abundancia.

Plateros.

Pintores.

Telas diferentes.

Búcaros y cosas de barro.

Ddd